—¡Mentira! Tú la envenenaste, tuerto.

—¡No, por Dios! Comió demasiado arenque...—continuó Taras y medio,—y..

—¡Te repito que tú la envenenaste!—insistió Desperdicios con seguridad.

Solía ocurrirle, cuando decía cualquier absurdo, que, sin razón alguna en apoyo de su afirmación, la repetía tenazmente; al principio hablaba en tono puerilmente caprichoso, que gradualmente subía hasta la rabia.

El diácono se encargó de la defensa de su amigo.

—No, no pudo envenenarla, pues que motivos no tenía para hacerlo...

—¡Yo afirmo que la envenenó;—dijo Desperdicios con voz aguda.

—¡Silencio!—amenazó el capitán.

El fastidio se transformaba en él en cólera inquieta. Miró á sus compañeros con ojos furibundos, y no hallando en sus rostros, ya de medio borrachos, nada que pudiera exaltar aquel furor, dobló el cuello sobre el pecho, permaneciendo de aquel modo unos instantes, y en seguida se echó en tierra, con la mirada fija en el cielo.

Meteoro comía pepinos. Martianof estaba inmó-

vil, tumbado en tierra, y sin cesar de mirar al jarro del aguardiente, ya casi libre de los diez litros que encerrara. Tiapa miraba al cielo, mascullando lentamente un trozo de carne que resistía á sus viejos dientes. Desperdicios estaba echado de bruces en el suelo y tosía, con estremecimientos de su cuerpecillo. Los demás, disformes, silenciosos, lúgubres, estaban sentados ó echados. Sus actitudes y sus harapos les hacían asemejarse á horribles animales, creados por cualquier potencia fantástica y grosera para ridiculizar al hombre. El diácono cantaba, y al cantar abrazaba á Alexei Maximovitch, que le sonreía beatíficamente.

Era de noche. En el cielo se inflamaban poco á poco las estrellas; arriba, en la colina, los mecheros de gas brillaban. Hacia la parte del río resonaban los silbidos de los barcos de vapor; la puerta de la posada de Vavilof se abría con chirrido penetrante. Dos rostros sombríos entraron en el patio, se aproximaron al grupo de hombres, y uno de ellos dijo con voz ronca:

—¿Bebéis?

Y agregó el otro á media voz y con alegría:

—¡Mira los diablos!

Luego avanzó una mano por encima de la cabeza del diácono, tomó el cacharro del aguardiente, y el glu glu del líquido al ser echado en un vaso se dejó oir. Luego se tosió ruidosamente.

—¡Lo que uno se aburre!—exclamó el diácono.—¡Eh, tuerto! Recordemos el viejo tiempo, cantemos.

«Super flúmina Babylonis...»

—¿Y qué sabe él de eso?—murmuró Simtsof.

—¿El? Viejo mío, fué solista en la capilla del arzobispo. ¡Eh, tuerto!

«Su-uper flu-umina...»

Envuelta en tinieblas, la casa abandonada parecía más larga; era como si la masa toda de su madera medio podrida hubiérase acercado á aquellos hombres, cuyos aullidos salvajes despertaban en ella un eco sordo. Una nube vaporosa y negra avanzaba

lentamente en el cielo, precisamente por encima del edificio. Roncaba cualesquiera de los exhombres. Los demás, aun no bastante ebrios, bebían y comían en silencio, ó hablando á media voz, con largas pausas. Cosa extraña era aquel abatimiento en un festín tan raro, por su profusión de líquido claro y de comestibles. No se sabe por qué, la turbulencia desenfrenada de los habitantes de la pajarera tardaba mucho en encenderse.

—Vosotros, perros... ¡cesad unos momentos de aullar!—dijo el capitán, alzando la cabeza y escuchando. —Alguien se acerca... en coche.

Un vehículo de este género en tal calle, á tal hora, por necesidad había de llamar la atención.

Los exhombres alzaron la cabeza y escucharon. Se distinguía claramente, en el silencio de la noche, el rodar de un coche que se acercaba.

Se oyó una voz, que preguntaba groseramente:

—Bueno... ¿dónde está eso?

Alguien respondió:

—Allí... hacia aquella casa.

—No iré más lejos...

—¡Eso es por nosotros! —dijo el capitán.

Se produjo un murmullo inquieto.

—¡La policía!

—¿En coche? ¡Idiota!—dijo sordamente Martianof.

Kuvalda se levantó y se dirigió á la puerta principal.

El Desperdicios, alargando el cuello, escuchaba.

—¿Es este el asilo de noche? preguntó alguien con voz temblona.

—Sí, el asilo de Arístides Kuvalda,—respondió el capitán.

—Bien, bien... ¿Es aquí dónde habita el repórter Titof?

—¡Ajajá! ¿Nos le traéis?

—Sí.

—¿Borracho?

—Enfermo.

—Demasiado borracho, vaya... ¡Eh, tú, Maestro de escuela! ¡En pie!

—Esperad... Voy á ayudaros... Está mal. Le he tenido en mi casa, en cama, un par de días. Cogedle por el sobaco... Le ha visitado el médico... ¡Está muy malo!...

Tiapa se levantó y se acercó á la puerta; el Desperdicios bromeó y bebió.

—¡Eh, los de abajo!... Encended la lámpara,—gritó el capitán.

Meteoro fué á la pajarera y encendió. Con ayuda de aquella luz y la de un hombrecillo, el capitán condujo al reporter hasta dejarle echado sobre una de las tablas del interior de la pajarera.

—Hemos trabajado en el mismo periódico... El es muy desgraciado... Yo le dije: «Quedaos en mi casa, os lo ruego; no me molestáis...» Mas él me suplicó: «¡Llevadme á mi casa!» Por esto le he traído... Estamos en su casa ¿verdad?

—¿Luego para vos aun tiene «su casa»?—preguntó groseramente el capitán.—Tiapa, tráeme agua fría.

El hombrecillo se agitaba con embarazo.

—Supongo que sí puedo serle útil...

—¿Vos?

El capitán le examinó con ojo crítico.

El hombrecillo, de rostro hambriento, vestía un poco mejor, sólo un poco mejor que los exhombres.

—No, no se os necesita. Hombres como vos... hay

aquí muchos,—dijo el capitán, dando la espalda al hombrecillo.

El cual se dirigió hacia la puerta, suplicando desde allí.

—Si algo sucediera... comunicadlo á la redacción. Me llamo Rijof... Escribiré un articulito necrológico... por que él... después de todo... fué periodista...

—¡Hum!... ¿Artículo necrológico, decís? ¿Veinte líneas... cuarenta sueldos? Yo haré cosa mejor. En cuanto muera le cortaré una pierna y os la enviaré á la redacción. Esto os aprovechará más que un articulito necrológico... Os durará perfectamente unos cuatro días.. porque sus piernas son gruesas... Ya que os le comísteis cuando vivo, también os le embutiréis después de muerto...

El hombre relinchó de un modo extraño y desapareció. El capitán se sentó en la tabla, junto al cadáver del Maestro de escuela, le palpó la frente y el pecho y le llamó:

—¡Felipe!

La voz, después de haber resonado sordamente entre las sucias paredes del asilo, se extinguió.

—¡Esto es absurdo, viejo mío!—dijo el capitán,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA CAPILLA ALFONSINA

quien alisaba los cabellos del Maestro de escuela, inerte.

Kuvalda escuchó después su respiración ardiente y entrecortada, examinó su rostro arrugado y color tierra, suspiró, y, frunciendo severamente las cejas, miró á su alrededor. La lámpara era lamentable: su llama vacilaba, y, en la pared de la pajarera, negras sombras bailaban en silencio.

Tiapa llegó con un cubo de agua, le dejó sobre la tabla, junto á la cabeza del Maestro de escuela, y, tomando su brazo le alzó, moviéndole en la mano, cual si quisiera calcular su peso.

—¡No hace falta el agua!—dijo el capitán.

—Lo necesario es un sacerdote,—murmuró el trapero.

—¡No tan necesario!—decidió Kuvalda.

Permanecieron un momento sin decir nada, mirando al Maestro de escuela.

—¡Bebamos una copa, viejo diablo.

—¿Y él?

—¡Qué remedio!

Tiapa volvió la espalda al enfermo, y todos salieron al patio, dirigiéndose hacia donde estaban los demás.

—¿Qué ocurre?—preguntó el Desperdicios.

El capitán no respondió; bebía en aquel momento.

—¡Ni que hubiera sabido que teníamos con que hacer fiesta en su honor!—dijo el Desperdicios encendiendo un cigarrillo.

Alguien se echó á reir; alguien suspiró profundamente. Pero la conversación entre el Desperdicios y el capitán no impresionó visiblemente á la mayoría de aquellos hombres; no se notó que conmoviera, interesara ó hiciera pensar á nadie. Todos miraban al enfermo como á hombre poco ordinario, pero la mayoría estaban borrachos, y los demás, aun que tran quilos, extraños á cuanto ocurriera. Sólo el diácono, de repente, haciendo un violento esfuerzo, removió los labios, se frotó la frente y gritó, en tono salvaje:

—*¡Pax homnibus bonæ volunta-a-atis!*

—¡Tú!—silbó el Desperdicios.

—¿Qué es lo que ladras?

—¡Rómpele la garganta!—dijo el capitán.

—¡Idiota!—murmuró Tiapa.—Cuando un hombre agoniza, es menester callar... ¡Reine el silencio!

El silencio reinaba casi por completo, la bóveda celeste se cubría de nubes que prometían lluvia, y

en las tinieblas sombrías de una noche de otoño estaba envuelta la tierra. De vez en cuando resonaba el ronquido de los borrachos, el *glú glú* del aguardiente que se vertía, la ruidosa masticación. El diácono murmuraba. Las nubes estaban tan bajas, que parecía iban á barrer el techo de la casa, á derribarla sobre aquel grupo de hombres.

—¡Ah!... ¡cual duele el corazón cuando se muere un íntimo amigo!—tartamudeó el capitán.

E inclinó la cabeza sobre el pecho.

Nadie le respondió.

—Era el mejor de todos... el más inteligente, el más noble... Lo compadezco.

—*¡De pro o ofundi is!*... ¡Tu, canalla tuerto, canta! —gritó el diácono, codeando á su buen amigo, que dormía junto á él.

—¡Calla!... ¡Eh, tú!—silbó furiosamente el Desperdicios.

—Voy á hacerle pedazos la cabeza,—propuso Martianof incorporándose.

—¡Ah! ¿no duermes?—dijo el capitán con extraordinaria dulzura.—¿Oiste? El Maestro de escuela...

Martianof se agitó en tierra, se levantó, miró ha-

cia la pajarera, por cuyas ventanas salía la luz, y, sin decir palabra, se acercó al dueño del asilo.

—¿Un trago? – le ofreció éste.

Bebieron.

—Voy á ver...—dijo Tiapa.—Quizá necesite algo.

—Necesita un ataúd,—bromeó el capitán.

—No habléis de eso,—suplicó el Desperdicios en voz baja.

Tras de Tiapa, el Meteoro se levantó. También quiso hacerlo el diácono, pero cayó, jurando al propio tiempo de intentarlo.

Cuanto el trapero se marchó, el capitán dió un golpecito en el hombro de Martianof y comenzó á hablarle en voz baja:

—Tú, Martianof, debes sentirlo más que los otros... Tú eras... ¡Pero al diablo todo esto! ¿Compadeces á Felipe?

—¡No! ¡Ya no siento nada de esto, he perdido lo costumbre! Me disgusta vivir de este modo... Hablo seriamente cuando digo que mataré á alguien.

—¿Sí?—replicó vagamente el capitán.—Bueno... ¿otro trago?

—Necesitamos bien poco... beber un trago... uno más...

Por espacio de tres minutos reinó un silencio lúgubre, lleno de espanto misterioso, como aquella noche de otoño. Alguien cuchicheó luego.

—¿Qué?—preguntóse de pronto en alta voz.

—Digo que era un buen hombre... una gran cabeza... ¡Y tan cariñoso!—se responde á media voz.

—Sí... y además .. tenía dinero... y no era miserable para los amigos.

De nuevo reinó el silencio.

—¡Muere!

Este grito de Tiapa repercutió sobre la cabeza del capitán.

Arístides Fomitch se levantó, y, afianzándose en sus pies con una firmeza exajerada, se encaminó hacia el asilo.

—¿A qué vas?—le preguntó Tiapa.—No vayas. Piensa que estás borracho... que haces mal.

El capitán se detuvo y reflexionó.

—¿Y qué es lo que está bien hecho en esta tierra? ¡Vete al diablo!

Y rechazó á Tiapa.

Continuaban bailando las sombras en las paredes del asilo, pareciendo que luchaban en silencio.

Sobre la tabla estaba el enfermo.

El capitán se plantó ante él, cruzó las manos tras de la espalda, y durante un momento le contempló silenciosamente; luego se puso á hablar con dolorido acento.

—Felipe... dime algo... Dile una palabra de consuelo á tu amigo... á mí, hermano, que te aprecio... Todos los hombres son brutos, tú fuiste para mí un verdadero hombre... aunque borracho... ¡Ah, cómo bebías aguardiente, Felipe! Y es lo que te ha perdido. ¿Y por qué? Necesario era saberse dominar... y hacerme caso. ¿No lo te decía?

La fuerza misteriosa, la universal destructura llamada muerte, como ofendida por la presencia de aquel hombre ebrio ante el acto tenebroso y solemne de su lucha con la vida, decidió acabar cuanto antes su trabajo impasible, y, suspirando profundamente, el Maestro de escuela gimió, tuvo una sacudida, se estiró y quedó inmóvil.

El capitán osciló sobre sus piés, luego siguió hablando.

—¿Qué tienes? Te traeré aguardiente... ¿Quieres? ¡Preferible es no beber, Felipe! ¡Contente, necesario es vencer!... No obstante, si lo deseas, bebe un trago. ¿Para qué contenerse, hablando francamente?

¿Con qué objeto, Felipe? ¿No es verdad? ¿Con qué objeto?

Cogió una de sus piernas y tiró de ella hacia sí.

—¡Ah! ¿estás dormido? Bien... duerme... ¡Buena noche! Mañana te explicaré esto, y convendrás en que es preciso no privarse de nada. Ahora .. duerme... si no estás muerto...

Salió, acompañado por el silencio, y, al llegar junto á los otros, declaró:

—Está dormido... ó muerto... no sé... me siento algo borracho.

Tiapa se encorvó más, haciendo sobre su pecho la señal de la cruz. Martianof se tumbó en el suelo. Meteoro empezó á llorar dulce y quejosamente, como mujer á quien se pega. El Desperdicios dijo á media voz, en tono de cólera y de angustia:

—¡Qué el diablo os lleve á todos, verdugos!... ¡Está muerto! ¿Y qué? Y yo... ¿para qué necesito saber eso? Cuando la hora me llegue, yo también moriré... no peor que él. Yo no soy más malo que los otros.

—¡Es justo!—agregaba el capitán,— Llegará la hora, y nosotros moriremos no peor que los demás. No importa que nuestra vida sea como es. ¡Morire-

mos cual los demás! Este es el verdadero fin de la existencia, creédmelo bajo mi palabra. Porque el hombre vive para morir. Y siendo así... ¿no es indiferente el modo como muriera, la vida que vivió? ¿Cierto, Martianof? Bebamos, pues, ¡bebamos mientras vivamos!

Empezaba á caer la lluvia. Tinieblas espesas, asfixiantes, cubrían á aquellas personas que se arrastraban sobre la hierba, amontonándose en su sueño ó en su embriaguez. Al caer sobre el tejado de cinc del asilo, las gotas de lluvia sonaban tímidas é indecisas. De lo alto de la colina, de la ciudad, partían campanillazos raros y melancólicos: se velaba en una iglesia.

El sonido cobrizo, huyendo del campanario, nadaba en la obscuridad para morir poco á poco en ella; mas, antes de que las tinieblas tuvieran tiempo de ensordecer la última nota, tembloroso suspiro, nacía ya otro golpe, y otra vez se esparcía en el silencio de la noche el melancólico gemido del metal.

Por la mañana, Tiapa fué el que primero despertó.

Persignándose y levantándose sobre un codo, miró acá y acullá para saber si aun quedaba aguardiente. El jarro estaba allí... vacío. Pasando por encima de sus compañeros, Tiapa fué examinando todas las copas. Descubrió una casi llena, la bebió, se enjugó los labios con la manga y dió un golpe en la espalda al capitán.

—Levanta... ¡Ohé!... ¿Oyes?

El capitán alzó la cabeza y le miró.

—Hay que ir á avisar á la policía. Vaya, levántate.

—¿Qué?—preguntó el capitán con voz adormecida.

—Que ha muerto.

—¿Quién?

—¡El sabio!

—¡Felipe! ¡Ah, sí!